

## SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI C

**Gn 14, 18-20; Salmo 109; 1Cor 11, 23-26; Lucas 9, 11b-17**

*"...Se retiró con ellos a un pueblo llamado Betsaida, pero el gentío se dio cuenta y lo siguió. Él los acogió, estuvo hablándoles del reinado de Dios, y curó a los que lo necesitaban. Caía la tarde y los Doce se le acercaron a decirle: - Despide a la gente; que vayan a los pueblitos de alrededor a buscar alojamiento y comida; porque esto es un lugar descampado. Él les contestó: - Denles de comer ustedes. Replicaron ellos: - ¡Si no tenemos más que cinco panes y dos peces! A menos que vayamos nosotros a comprar de comer para toda esta multitud. (Eran unos cinco mil hombres). Jesús dijo a los discípulos: - Díganles que se echen en grupos de cincuenta. Así lo hicieron, diciendo que se echaran todos. Y tomando Él los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, los bendijo, los partió en trozos y se los fue dando a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron hasta quedar satisfechos todos, y recogieron los trozos que les habían sobrado: doce canastas".*

Este domingo, la Iglesia nos invita a celebrar al Dios que se nos ha revelado en Cristo y, como dice el mismo San Juan: "... no os pongáis tristes, no os dejaré huérfanos..."; pues Cristo nos ha prometido que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. En esta Solemnidad del Corpus Christi estamos celebrando el misterio de nuestra fe, la presencia permanente de Cristo en su Iglesia (a través del Sacramento), la presencia de Dios y el Cuerpo glorioso de Cristo, centro de nuestra comunión y unidad. San Ambrosio de Milán escribe: «...La comunión con Cristo es, pues, comunión con el Espíritu. Cada vez que bebéis recibís la remisión de los pecados y os embriagáis del Espíritu...» (De Sacramenti, V, 3, 17).

Cristo quiso continuar su presencia personal en Su Iglesia a través de la Eucaristía, porque Él la ha querido concebir de esta manera como centro de unidad. La fiesta que hoy celebramos no es la fiesta de un cuerpo inerte; es la fiesta de la presencia corporal de Cristo que atrae a todos los hombres, como dijo en el evangelio de San Juan: "... cuando yo sea elevado en lo alto atraeré a todos los hombres hacia mí...". De manera particular vamos a dar algunas líneas directrices de cómo esta celebración nos invita a todos los creyentes a unirnos en Cristo que es causa de nuestra comunión-unidad.

La primera narración, proclamada en la primera lectura, está tomada del libro del Génesis, nos habla de Melquisedec, "rey de Salem" y "sacerdote del Dios altísimo", que bendijo a Abraham y "...ofreció pan y vino...". A este pasaje se refiere el Salmo

109, que atribuye al Rey Mesías un carácter sacerdotal por consagración directa de Dios: "Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec" (Sal 109, 4). En la víspera de su muerte en la cruz, Cristo instituyó la Eucaristía, también Él ofreció pan y vino, que "en sus santas y venerables manos" (Canon romano) se convirtieron en su Cuerpo y su Sangre, ofrecidos en sacrificio. Así daba cumplimiento a la profecía de la antigua Alianza, vinculada a la ofrenda del sacrificio de Melquisedec. Por ello en la carta a los Hebreos se nos dice: "...Él (...), se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios sumo sacerdote a semejanza de Melquisedec" (Hb 5, 7-10).

En el relato evangélico de la multiplicación de los panes, que completa la liturgia eucarística del Corpus Christi, el evangelista San Lucas nos ayuda a comprender mejor el don y el misterio de la Eucaristía. Jesús tomó cinco panes y dos peces, levantó los ojos al cielo, los bendijo, los partió, y los dio a los Apóstoles para que los fueran distribuyendo a la gente. Como narra San Lucas, todos comieron hasta saciarse e incluso se llenaron doce canastos con los trozos que habían sobrado. Se trata aquí de un prodigio sorprendente, que constituye además el inicio de un largo proceso histórico: la multiplicación incesante en la Iglesia del Pan de vida nueva para los hombres de todas las razas y culturas.

Jesús se define como "el Pan de vida", y añade: "El pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo". Este es el misterio de nuestra salvación, Cristo, único Señor ayer, hoy y siempre, quiso unir su presencia salvífica en el mundo y en la historia al sacramento de la Eucaristía. Quiso convertirse en pan partido, para que todos los hombres pudieran alimentarse con su misma vida, mediante la participación en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Tal como los discípulos, que escucharon con asombro su discurso en Cafarnaúm, nosotros también experimentamos que este lenguaje no es fácil de entender, muchas veces podemos sentir la tentación de darle una interpretación restrictiva. Pero esto podría alejarnos de Cristo, como sucedió con aquellos discípulos que "desde entonces ya no andaban con Él". Pero como ansiamos permanecer en Cristo, le decimos con Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna", y con la misma convicción de Pedro, nos arrodillamos hoy ante el Sacramento del altar y renovamos nuestra profesión de fe en la presencia real de Cristo Eucaristía.

Uno de los textos más antiguos que ponen en relación la Eucaristía con la acción y el don del Espíritu Santo es la homilía pascual del Anónimo cuartodecimano, en ella leemos estas palabras: «...Éstos son para nosotros los manjares de la sagrada solemnidad, ésta la mesa espiritual, éste el gozo y el alimento inmortal. Nosotros que nos nutrimos del pan bajado del cielo y que bebemos el cáliz que da alegría –

como sangre viva y candente que ha recibido la impronta del Espíritu celeste...» Así en la fiesta del Corpus Christi contemplamos el signo del pan, signo que nos recuerda también la peregrinación de Israel durante los cuarenta años en el desierto. La Hostia que es nuestro maná con el cual el Señor nos alimenta, que es el pan del cielo, con el que Él verdaderamente se entrega a sí mismo.

En esta Fiesta del Corpus Christi; que el Dios de la Alianza nos renueve interiormente y nos conceda la experiencia del gozo de alimentarnos con el único alimento –pan-, que sacia al hombre.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar